



# La Lectura Popular

AÑO XIV

Orihuela 15 de Enero de 1896.

Núm. 20

A instancias de varios suscriptores, reproducimos el siguiente artículo, ilustrado con las viñetas con que aparecerá formando parte de la Quinta Colección de Lecturas Populares, que dentro de algunos días saldrá á luz.

## La Opiata de Satanás

I



LLÁ por los años de mil y no sé cuantos, empezaron á resentirse de una manera notable los negocios de la casa Lucifer, Botero y Compañía. Se ignora la causa; pero ello es que en poco tiempo se observó en el establecimiento tan extraordinaria baja, que hasta los condenados más apáticos y menos interesados en el progreso de la república dieron en murmurar de lo que consideraban indicio seguro de mala administración. Quién lo achacaba á connivencias con el enemigo; quién á subvenciones recibidas para hacer la vista gorda; y no faltaron socarrones que aseguraron ser todo efecto de que Lucifer era ya viejo y solo servía para cazar moscas con el rabo. Sin embargo nadie se hubiese atrevido á gastar esta broma en las barbas del terrible Rey, que, tridente en mano y con un puro en la boca, paseaba en aquellos momentos sus malas intenciones por una de las galerías más profundas de su palacio, haciéndola retumbar con sus pisadas.

El negro monarca parecía muy pensativo, y á juzgar por el siniestro brillo de sus ojos de gato que lucían en la oscuridad como dos linternas, cualquiera podía sospechar que meditaba una diablura.

De pronto levantó la cabeza, arrojó de la boca el cigarro, que despues de apagado resultó ser el dedo índice de un escribano de actuaciones, y echándose al brazo su sucia y pelada cola, tomó camino adentro por



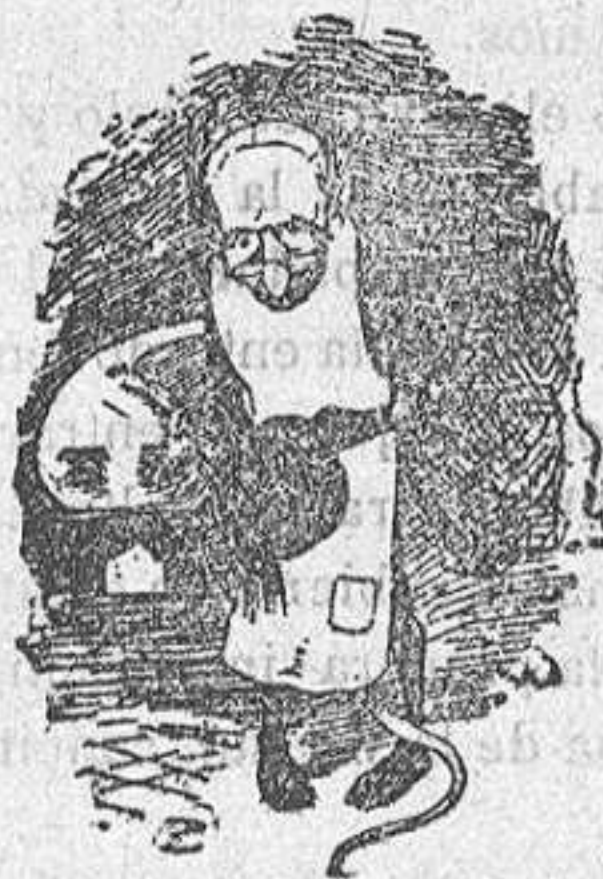
uno de aquellos subterráneos, como disponiéndose á hacer una barbaridad.

—¡¡¡El Maldiiiiito!!!—chillaron á coro como gallinas que ven el águila un enjambre de condenados novatos que, despues de sufrir la primera embestida de la bestia, se hallaban atados y temblando á lo largo de un corredor, mientras les arreglaban los primeros baños de pez hirviendo para calmarles el escozor de los arañazos.

Satanás pasó por su lado sin mirarlos.

—¡Quién te hubiera conocido antes!—murmuraban algunos con desgarradora tristeza, abarcando de una ojeada toda la extensión de su desgracia.

Satanás continuó su marcha; atravesó dos ó tres corredores cuyas agrietadas paredes trepidaban á su paso despertando bandadas de lechuzas; se paró de repente ante una puerta baja y maciza cubierta de gruesos clavos, y para llamar levantó el pié y dió en ella una terrible patada. Al sonido de esta campanilla temblaron las estalactitas del techo, se desprendió un enorme peñasco y el portón giró sobre sus goznes, descubriendo bajo su dintel un diablo pálido, enjuto de carnes y extraordinariamente atacado de los nervios.



Era Botero, el farmacéutico del establecimiento, que á consecuencia del constante

manejo de los venenos se hallaba ya perlático como los mineros de Almaden.

—Tenemos que hablar,—le dijo Satanás penetrando en el obrador sin mirarle al rostro.

El boticario experimentó lo que el ratón que recibe el primer bufido del gato, y empezó á temblar.

—¡Pin! ¡pan! ¡pun, gritó Lucifer en cuanto estuvo dentro, disparando en las narices de Perico tres espantosas blasfemias que hicieron estremecer el infierno hasta en sus mismísimos cogollos.

Si Botero hubiese podido se hubiera santiguado: pero en el infierno nadie se santigua.

—Dí, necio ¿qué emplastos son esos que tienes ahí que no valen un alma conservadora?

—¡Señor exclamó Botero dando diente con diente;—si te... te... tengo todo el material renovado. Bu... bueno soy yo para consentir que... que me se fermente un jarabe ó... se me enrancie un ungüento.

—Basta de palabras,—bufó el monarca; —no he venido aquí á charlar en vano, sino á darte lo que mereces: que bien merece quien se atreve á tanto, Vengo á decirte que esto no puede seguir así; mis demonios más hábiles trabajan como quienes son; echan la hiel, y cada dia hacemos menos; no hay medio, la falta no está en ellos, luego está en tí y en tus untos. ¡Ea! trastos al suelo, que quiero pasar revista.

Y diciendo esto, el rey del infierno se encaramó en una silla, y ayudado por el atribulado farmacéutico, empezó á descolgar cacharros llenos de telarañas.

El pobre Perico apenas tenía ya fuerza para tenerse en pié.

—Jarabe de los cuatro heresiarcas.—gruñó Satanás leyendo el primer rótulo. —Esto es más antiguo que el andar á pié.

—Unto nigromántico de aquelarre, uso externo:—dijo leyendo el segundo.—También es moderno el emplasto. ¡Majadero! ¿Pues qué, estamos aun en los tiempos de las brujas? ¿No sabes, grandísimo bárbaro, que las brujas de antes han sido substituidas por el magnetismo, el espiritismo, el hipnotismo y la sugestión?

—Estracto simple de concupiscencia. Tú si que eres simple.

—Espíritu de vanidad, para resistir los infujos de la Gracia. También tiene esto gracia.



- Emplasto de pereza.*
- Jalea de carnes averiadas.*
- Electuario de discordia.*
- Espíritu de soberbia.*
- Espíritu de lujuria,*

—*Quinta esencia de...* Ya te daré yo á ti las quintas esencias. Vaya, eres un mentecato; aquí no tienes un específico que valga una conciencia católico-liberal; yo te daré lo que mereces.

—¡Señor! por los cuernos de vusstra infernal Majestad, tenga compasión de mí; que aun no me he repuesto del último tormento.

—No hay compasión, eres un bruto; no estudias una palabra; y si nó dí: ¿dónde tienes los nuevos preparados que hoy ha descubierto ya la ciencia moderna? ¿Dónde tie-



nes el verdadero espíritu del siglo, el espíritu liberal, el espíritu de tolerancia? Dónde tienes los nuevos frutos laxantes inventados para purgar todas las ideas religiosas: los frutos del libre examen, de la ciencia libre, del pensamiento libre, del amor libre. ¿o sea todos los frutos de la libertad liberal?

Pues no digo nada de los jarabes. ¿Tienes acaso ni siquiera el conocido jarabe de pico, tan usado por mis oradores más distinguidos y elocuentes en los parlamentos, clubs, academias, ateneos y demás blasfemaderos públicos de Europa? Nada, hombre, eres un mamarracho, y te voy á espabilar como se espabila un candil.

—Pero, señor...

—No hay señor que valga. ¡Ea! vas á tragarte de una vez todos los unguentos de tu botica.

Al oír Perico aquella diabólica sentencia se puso del color de la berengena.

—¡Hola muchachos!—dijo Satán dando un grito.

Instantáneamente se presentaron en el obrador los que Satanás llamaba muchachos; dos zanguangos negros como etíopes, con cada brazo como una viga de ébano, y cada músculo como una cinta de acero.

—Atadme á esa lagartija, y echadle por la boca con un embudo todos los mejurjes que encontréis en la farmacia; pero despacio, porque quiero que los paladee.

Dos minutos despues el farmacéutico estaba atado, y tenía ya metido en la boca un embudo de hoja de lata que haciendo oficio de bocina, daba á sus ayes el fatídico sonido de la trompeta del juicio.

—¡Piedad, que me ahogo!—chillaba Perico.



—Eso quisieras tú, ahogarte—decía Lucifer sacando tranquilamente la petaca para echar otro dedo de curial.

—¡Misericordia!

—¿Qué dice?—preguntaban los chicos que jamás habían oído esta palabra.

Inmediatamente destaparon el primer cacharro, y derramaron su contenido en el embudo

Era esencia de ira.

El cuerpo del boticario se estremeció.

Inmediatamente trajeron, otro mejurje, sublimado de soberbia, que coló tambien.

Botero revolvió los ojos como un perro rabioso y los puso en blanco, retorciéndose como una serpiente.

Acto continuo vino el jarabe de lujuria, el aceite de pereza, los trociscos de gula.

Conforme iban entrando todos estos tósigos, el vientre del pobre diablo se hinchaba como un tambor; las angustias eran cada vez más desgarradoras; la mezcla de aquellos traidores venenos, producía en su negro espíritu sensaciones y sufrimientos solo comparables á los de un hidrófobo á quien hubiesen mordido de una vez en la mismísima nuca todos los perros rabiosos de la tierra.

Parecía que la cruel venganza de la Gran Bestia debía estar satisfecha, pero no era así.

De repente los atormentadores trajeron un frasco antiquísimo lleno de telarañas, encontrado en uno de los más oscuros rincones de la rebotica.

—¿Qué es eso? preguntó Satanás.

—No lo sabemos.

Lucifer sopló el polvo del rótulo y dió un salto atrás. Había oído la verdad. Aquel frasco contenía las raspaduras del pellejo de un hipócrita que había entrado en el infierno hacía años, y á quien al entrar le habían dado un jabón para que soltara el barniz con que se había cubierto en el mundo.

Repuesto de la primera impresión, Lucifer, en presencia de la verdad, concibió una idea terrible.

—Adentro con ella,—exclamó haciendo una seña á los chicos y tapándose las narices.

Los verdugos destaparon el frasco, y volviendo la cara para no percibir ni el vao,

abocaron en el embudo aquellos residuos casi desbravados.

Sin embargo, ¡qué terrible efecto! Si el desdichado Botero hubiera podido morir, hubiese muerto. Un rugido espantoso salió de sus labios; agitóse en horripilante convulsión, alzóse su vientre hasta agrietar la piel y.... ¡horror!!!



La literatura no tiene términos hábiles para expresar lo que allí sucedió. Baste decir que pocos momentos despues corría por el suelo de la rebotica el producto más infernal que se había conocido en el laboratorio del averno: la verdad corrompida y adulterada y mezclada con los siete pecados capitales.

—Vengan esponjas,—gritó Satanás loco de alegría.—Vengan esponjas, que acabamos de resolver por casualidad el gran problema de la química infernal.

—¿Qué es? ¿qué es?—preguntaron cien mil diablos acudiendo como moscas.

—El espíritu del embrollo: hijos míos, la quinta esencia de la confusión y del enredo; el secreto más admirable que podíamos descubrir para adjudicarnos en poco tiempo la humanidad entera. Recojed, hijos, hasta la última gota, y que no se pierda nada.

Los servidores de Satanás se arrojaron sobre el líquido, y lo recogieron escrupulosamente.

Era la primera vez que tenían escrúpulos.

—Al mundo con eso,—gritó Satanás cuando los vió preparados y provisto cada cual de una gran escoba.—Recorredlo todo, pero muy especialmente los grandes centros llamados de la civilización.

Las ciencias, las artes, la literatura, la política, que todo lleve su brochazo.

¡Ah! se me olvidaba. Os encargo mucho que cargueis la mano en los ateneos y parlamentos; que quien mucho habla, mucho yerra y allí haremos negocio.

Los diablos partieron como lo que eran, y Lucifer, despues de contemplarlos un rato con diabólica satisfacción, levantó su triste mirada al firmamento.

—¡Jehova! ¡Jehova! —exclamó—¡poderosa es tu diestra y grande ha sido siempre tu sabiduría! Con ella creaste una raza de seres para que ocupasen los puestos que nos,



otros dejamos en el cielo. Yo veré si consigo que esos puestos queden eternamente va-



cios. Yo formare una raza de malvados que me ayuden á vencerte con tus mismas armas. Hasta ahora el bien y el mal andaban separados; tú eras la verdad y yo la mentira; tú enseñabas la virtud y yo los vicios; tu boca brotaba dulzura y la mía blasfemias; pues bien, acabó la distincion, he sido un ignorante. Desde hoy, en mi habilidad consistirá mi triunfo. Yo seré *sabio*, yo seré *bueno*, yo seré *bello*, yo seré *piadoso*, yo seré *amable*, yo seré *distinguido*, yo seré *omnipotente*, y yo seré *Dios*.

Y diciendo esto el rey del averno, cerrando con espantosa ira la puerta de su negro calabozo se acurrucó detrás de ella para echar un sueño infernal mientras sus servidores ejecutaban las órdenes dictadas por su odio.

Momentos despues se oyó un rumor sordo; el universo pareció temblar, y pudo percibirse como un humo espeso y hediondo que subia de la tierra.

Era que la mezcla infernal empezaba á caer por primera vez sobre el mundo á manera de venenoso rocío y empezaba á marchitar las pocas virtudes que les quedaban á los hombres.

## II

La civilización moderna! la civilización moderna!—se oyó gritar por todas partes.—Ha sonado para la humanidad la hora de una nueva regeneración; el sol de la libertad va á disipar para siempre las tinieblas de lo pasado; al fin van á tener término los sufrimientos que hasta ahora enjendraba la ignorancia.

—Pero, ¿qué novedad es esta?—preguntaron algunos.—¿Acaso ha dejado de ser ya la tierra valle de peregrinación y lugar de dolores?

—No, pero esta idea exagerada ó mal comprendida, ha sido hasta ahora el verdugo de los hombres. El cristianismo es una síntesis de perfección; es una fórmula llamada á restablecer la armonía universal, que, al pasar en sus evoluciones por la fase de las antiguas austeridades ha producido dolores voluntarios que han de desaparecer hoy al coronarse la humanidad con la diadema de la cultura.

—¡Horror!—exclamaron los hijos de la fe, que eran más listos y entendieron el lio;

eso es un embrollo. La obra de la redención es y será siempre la obra de la cruz; no queremos civilización que suspenda la sangre del sacrificio

—Ni nosotros queremos sacrificios que impidan gozar el fruto de la civilización.

—Señores, todo puede conciliarse,—dijeron entonces unas voces extrañas y melifluas. ¿Por qué exagerar las cosas? Cristo vino al mundo para hacerlo progresar en todas direcciones; pues bien, un poco de tolerancia y todo puede armonizarse.

—Sí, sí, armonía, armonía, tolerancia. Para salvarse no se necesitan *exageraciones*. Basta de *fanatismos*, basta de *austeridades*.

En aquel momento, Satán, que roncaba tras de la puerta, se despertó al ruido y atisbó por una rendija.



A sus ojos se presentó un espectáculo encantador.

El mundo empapado en el nuevo *espíritu*, había empezado á transformarse de un modo sorprendente. La *moderación*, la *prudencia*, la *transacción*, la *tolerancia*, se extendían por doquier; las *exageraciones* se extinguían rápidamente; las *asperezas* se suavizaban; ni lo negro era ya negro, ni lo blanco blanco; hasta la *caridad* (1) había tomado un tinte condescendiente: era tan ñoña que aun al diablo le gustaba. Ya no tenía aquel aspecto ardiente que la daba el amor del *Bien Sumo*; aquel tono intransigente que la había hecho marcar con huellas de sangre su paso por la tierra, y que recordaba el dicho del Salvador: *fuego he venido á traer á la tierra... y aquel otro; no he venido á poner paz sino espada*; al contrario, extendiendo los brazos á todos como romántica meretriz, aspiraba á juntar en amoroso lazo las más opuestas doctrinas; nada de lucha, nada de resistencia, la unión era su símbolo; quería que el lobo y el cordero comiesen juntos como en las poesías de Virgilio; que la luz y las tinieblas se uniesen para formar otra vez el caos; que el bien y el mal se die-ran el pico como los pichones al salir del nido, entonando un himno *hegeliano* á eterno himeneo del sí y el nó de la verdad y de mentira.

(1) Nos referimos á la *caridad moderna*; á la falsa caridad que no estriba en el amor de Dios y que con el nombre de filantropía, humanitarismo, etc., quiere sustituir al divino fuego que hizo el mundo, lo redimió y lo sostiene.

El diablo de puro alegre no cabía en el pellejo.

Dió un gruñido de impaciencia como el perro que olfatea la caza, y azotándose los flancos con la cola aplicó de nuevo el ojo á la rendija.

El negocio iba á las mil maravillas; el mundo venía hacia él á pasos agigantados; la raza de los santos se extinguía por momentos; la idea del martirio iba quedando solo en la historia; las palabras abnegación, sacrificio, mortificación, sufrimiento, solo se leían en el diccionario. La cruz, aquella antigua cruz que tantos disgustos le había dado, iba á ser substituida por un triángulo; se había formado una religión nueva, cómoda, fácil, agradable, conciliadora; no estaba reñida con ninguna pasión, servía á todos los gustos, lo toleraba todo, condescendía con todo, lo consentía todo; era lo que podría llamarse una religión *simpática*, *culta*, *ilustrada* y *liberal*; la mayor parte de la humanidad; abrazada á ella con entusiasmo y bailando de gusto, descendía que se las pelaba coronada de rosas, camino de su nuevo *paraiso*.

El diablo, viéndola venir sintió tal regocijo, que no sabiendo como expresarlo soltó una espantosa carcajada, y se puso á cantar el himno de Riego llevando el compás con las uñas en el tablero de la puerta.

—¡¡¡El himno!!! ¡¡¡El himno!!!—gritaron todos los diablos saliendo de sus madrigueras como arañas en día lluvioso.

—¡¡¡El himno!!!—repitieron los condenados temblando de horror y agitándose en sus jaulas con el pelo erizado.

¡¡El himno!! ¡¡el himno!! se oyó por todas partes.

El himno era el canto favorito del liberal monarca, y cuando sonaba no quedaba en la monarquía títere con cabeza.

En esta ocasión fué tan grande el estruendo, que los ecos llegaron al cielo.

Entonces allá en la cumbre se oyó una voz potentísima que retumbó como el estampido de cien truenos.

—¡Pedro! ¡¡¡Peedro!!! dijo la voz llamando al primer jefe de la Iglesia.

—Qué mandais, señor.

—¿Qué ruido es ese que se oye por allá bajo?

—Lucifer que canta, Señor.

—Pues cuando Lucifer canta, mal anda el mundo. Sube, y veas lo que ocurre.

San Pedro subió inmediatamente al observatorio del paraiso, y se puso a mirar.

—¡Señor! veo una cosa rara. Los servidores de Satanás corren de un lado para otro rociando con un líquido negruzco la superficie de la tierra.

—Pues veneno nuevo debe ser y activísimo porque la química infernal ha adelantado mucho. Cumple tu oficio, que sabes cuanto me interesa salvar los hombres.

San Pedro, tomando entonces un espectrógrafo, recogió del abismo un rayo de luz, y analizó la nueva materia.



En cuanto la luz atravesó el prisma descubrió siete rayas negras.

—¡Los siete capitales!—exclamó el viejo; me lo pensaba—¿Pero...qué veó?; un fenómeno nuevo!; ¡entre las rayas negras una raya blanca! ¡Oh infamia! ¡Lucifer ha mezclado el bien con el mal, la verdad con la mentira, la piedad con el vicio! ¡el mundo está perdido!; ¡perdido para siempre!; ¡no tiene remedio!

Y el santo pescador cayendo de rodillas comenzó á llorar como un niño.

—¡Pedro! ¡Pedro! dijo otra vez la voz—ya te he dicho que tengas confianza; levántate, y haz tu oficio.

San Pedro todo azorado se levantó sacudiéndose la túnica, y tomando las redes comenzó á recorrer el cielo buscando quien le ayudase.

—Señor San Francisco,—dijo tropezando al Patriarca de Asís; venga usted corriendo á la tierra á salvar á los hombres que se hallan en un gravísimo peligro.

San Francisco bajó volando en espíritu, y comenzó á predicarles humildad.

Pero las gentes contestaban despues de oír el sermón: que para ser santo no es necesario vestirse de estameña, y continuaban tan orgullosas como antes.

San Pedro tuvo que subir de nuevo en busca de otro predicador.

—Señor San Antonio,—dijo encontrando al taumaturgo de Pádua,—baje usted por amor de Dios á predicar la caridad.

San Antonio bajó y habló del desprendimiento de los bienes de la tierra, del desprecio de las riquezas, de los tesoros del cielo; pero contestaron que para ser caritativo no era necesario echar la casa por la ventana; y siguieron adelante con su codicia.

Nueva carrera de San Pedro, y nuevos apuros. Esta vez se encontró con San Luis Gonzaga.

—Señor San Luis,—dijo enseguida cogiéndole la sotana;—baje usted á lo menos á predicarles la pureza de costumbres

El Santo bajó, y en poco se lo comen las beatas. ¡Qué pico de oro!, decían, ¡qué pico de oro!; pero para ser bueno no hay necesidad de ser mojigato; y se largaron al baile despues de la novena.

San Pedro, angustiado y fatigado, no sabía ya qué hacer.

El infierno parecía triunfar en toda la línea, y las carcajadas del diablo llegaban hasta las estrellas que, al oír las, palidecían de sentimiento.

Entonces al pobre pescador le ocurrió el último recurso. Ya que sean pecadores que no sean herejes; llamaré á Domingo y á Ignacio que les prediquen buenas doctrinas.

Los santos bajaron, y pusieron en clarísima solfa la mentira liberal.

—¡Muy bien! ¡muy bien! ¡magnífico! se oyó por todas partes. Tienen razón; mas ahora bien, en hipótesis, per accidens, dadas las circunstancias, para evitar un mal mayor, etc. etc.

Y continuó la farsa y la herejía.

—No puedo más, Dios mio; no puedo más,—dijo San Pedro tirando las redes; me doy por vencido. Y dejándose caer rendido de cansancio rompió otra vez á llorar amargamente.

—¡Pedro! ¡¡¡Pedro!!!—dijo entonces la voz de siempre;—¿Qué llanto es ese? ¿qué aflicción es esa? ¿Acaso te has olvidado ya de mis promesas? ¿No recuerdas que á mi voz se calman las tempestades? ¿No recuerdas que he prometido sostener tu fé? ¿No recuerdas que he prometido estar contigo y con tu Iglesia hasta la consumación de los siglos? Ten confianza y no desmayes jamás, que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; mas para eso es preciso vencer con otras armas.

—¿Cuales, Señor?

—Helas ahí.

San Pedro levantó los ojos y quedó mudo de espanto. El Arcángel San Miguel con su espada de fuego avanzaba rápidamente hacia el mundo alzando su potente brazo.

—¡Misericordia, Señor, misericordia! dijo San Pedro.

—Esa es mi misericordia, hijo mio; ¡qué sería de los hombres si yo no la usase!

Entonces se apartó el viejo, y pasando el ángel como un relámpago, llegó hasta el abismo y descargó un terrible golpe.

Un ¡ay! dilatadísimo y desgarrador llenó por mucho tiempo los ámbitos del universo; los hombres huían espantados; unos lloraban, otros se arrepentían, pero la mayor parte continuaban en sus maldades.

Alzó el ángel la mano y descargó un segundo golpe.

Pestes, hambres, desolaciones y miserias cayeron juntamente sobre la tierra como una lluvia maldita: esta vez fueron ya muchos los que abrieron los ojos; sin embargo, los ricos, los poderosos, los hombres de ciencia, los grandes políticos, reían con desprecio considerandose seguros.

Entonces el arcángel, sonriendo tambien, alargó la espada, y removiendo con su acerada punta las ascuas del infierno sacó clavado en ella y patealeando un diablo rojo y encendido como un pimiento.



Era el demonio de la anarquía, el espíritu del odio, el genio de la destrucción,

Cogiólo el ángel del pescuezo, y alzándolo en alto lo arrojó violentamente sobre la tierra.

Inmediatamente oyóse un espantoso ru-

mor, y la sociedad quedó convertida en un mar de sangre y fuego. ¡El comunismo! ¡el anarquismo! ¡el nihilismo!; se oía por todas partes. ¡Socorro! ¡favor! ¡misericordia! (1)

—¡Magnífico! exclamaron los diablos; esta es la hora de la cosecha; y se lanzaron al mundo para acabarlo de una vez.

Pero al llegar á él quedaron asombrados; la sangre mezclada con las lágrimas habia formado instantáneamente un misterioso colirio que habia curado la ceguera de la humanidad; la verdad y la mentira habian vuelto á separarse y se distinguian perfectamente; la Cruz brillaba en el cielo más esplendente que nunca, y los hombres, adorandola de rodillas y poniéndola resueltamente sobre su corazón, habian restablecido para siempre el reinado social de Jesucristo.



—¡Miserable de mí! — exclamó Luzbel mordiéndose los puños; hasta con mis entrañas pecadoras forma Dios triacas para curar á sus elegidos. Y dando un espantoso ahullido, desapareció de la tierra para caer otra vez en el infierno.

ADOLFO CLAVARANA.

(1) En esta ficción poética no queremos decir que sea Dios quien envíe á la tierra las herejías, sino que Él es quien, sacando bienes de los males, se sirve de éstos como azote para castigar á los hombres y traerlos al camino de la verdad.

## LA LECTURA POPULAR

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentando la bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones y octavos de acción.

Cada acción da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caseríos, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN DIRECTA

Una acción. . . . .	4 pesetas mensuales.
Media id. . . . .	2 " "
Un cuarto id. . . . .	1 " "
Un octavo id. . . . .	0'50 " "

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por acción mensual, siendo para la península.

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administración de *La Semana Católica*, Bolsa 10. y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR.